

No pases esa puerta

por José Agustín

Lucio llega a la casa. Su entusiasmo se debe a que logró (al fin) salir de la prisión militar. El día está despejado, fíjate cómo las ramificaciones de un árbol aparentemente seco se recortan contra el azul del cielo; Lucio piensa que el cielo y los árboles son uno solo o, si no, que tienen una relación tan intrínseca que contemplarlos se vuelve doloroso. La casa, además, es insuperable. La mujer de Lucio (digámosle Aurora) le escribió a la cárcel militar y le dio instrucciones meticulosas para llegar a donde ella lo esperaría.

Lucio toca la puerta. La ve con afecto, Buenos días puerta, la saluda. Esta abre sus hojas pesadas de cedro, y allí está Aurora. Lucio la abraza con fuerza, los cuerpos en contacto, las bocas fundidas, las lenguas reconociéndose.

Después Aurora lo lleva al interior de la casa. Lucio contempla los diversos salones, de techos muy altos y ventanales enormes, estatuas en las esquinas, frisos en los marcos, alfombras de diseños delicadamente intrincados, grandes lamparales que penden y espejos que recogen la luz y la devuelven con fuerza. Hay gente relajada que descansa, lee, platica o trabaja. Aurora presenta a Lucio a todos los que encuentra y ellos lo saludan con amabilidad genuina, qué bueno que llegaste, te esperábamos. Sí, te estábamos esperando, confirma Aurora, pero yo más que ellos. Hasta ese momento Lucio admite cabalmente, con un golpe de conciencia (un relámpago, qué resplandor), lo

prodigioso, la bendición de que haya quien lo aguarde. Si tú ignoras qué es eso, piensa al menos en el tercer cajón de tu escritorio que todas las noches te espera. Dentro de sí Lucio construye un pequeño santuario y de gracias al destino porque ha podido recuperar a su mujer y hallarse en ese sitio después de todos los padecimientos que ha pasado. El pasado, pasar quiere. Lo único que ahora puede hacer para externar su gratitud es oprimir con fuerza (y cariño) el brazo de su mujer, quien se vuelve a él, acerca su cabeza, qué delicia de olor en los cabellos, y dice: te quiero.

Recorren la casa. Lucio tiene la impresión de un museo, pero después piensa en un palacio. Suben a la azotea, donde hay sillones reclinables para tomar el sol y terrazas para ver el paisaje; los dos volcanes desde allí aparecen un tanto lejanos pero con una claridad poco frecuente; la nieve *brilla*. Aurora explica que en esas terrazas acostumbran descansar los viejos, e incluso le presenta a varios de ellos. Los ancianos sonríen y vuelven a cerrar los ojos. Lucio siente que todos ellos (por su edad, claro) están más allá de toda la agitación, la efervescencia, de quienes conoció en la planta baja; y cultiva un deseo muy vivo de que el tiempo transcurra, pero *ya*, en cursivas, que avance a toda velocidad en la cinta, y él sea un viejito encanecido que toma el sol frente a los volcanes y saluda con una sonrisita a esa pareja que circula por la azotea.

El sótano es prácticamente un laberinto de pasillos oscuros, puertas innumerables que conducen a cuartitos donde algunos gustan de trabajar en un aislamiento casi total, y en los que se almacenan muebles y todo tipo de objetos, pero especialmente libros, bellísimos libros de todos tamaños y edades que se vislumbran a través de las puertas abiertas. Lucio pronto pierde todo sentido de orientación, porque se dejó fascinar por los libros, oh culto personaje y/o autor, y luego por la humedad compacta, cerrada. Aunque el aire es limpio, se vuelve inevitable, incluso: saludable, una cierta aprensión vaga, ¿a qué? Pues a perderse, pendejo, porque un pasillo conduce a otro y quién sabe dónde carajos quedarían las puertas para subir a la casa, ya nos perdimos, dice él, sintiendo que su mujer (si es que es su mujer) es ahora más fuerte porque ella conoce el ámbito. El ámbito, en este y otros juegos, determina la legalidad. Tú te perdiste, mi amor, yo sí sé cómo encontrar la salida. ¿De veras ya no sabes por dónde andamos? No tengo ni la más remota idea, reconoce él. Lo que pasa es que te distrajiste, pero estoy seguro de que si fuera necesario encontraría la salida, ¿a poco no?

Aurora propone que él trate de hallar la puerta por la que entraron, y Lucio camina por varios pasillos, se mete en otros, abre puertas, y cada vez avanza más rápido, con cierto temor y exasperación porque no encuentra el camino y porque paulatinamente ha llegado a sitios de mayor oscuridad, donde el silencio es casi total. De pronto casi





olvida que busca cómo salir y se entretiene asomándose en cuartos casi totalmente oscuros, donde se vislumbran objetos metálicos y se percibe, allí sí, una atmósfera enrarecida, cada vez más húmeda.

No puedo, reconoce finalmente. Es más: creo que cada vez más me he alejado de la salida. *Las salidas*, corrige ella, también en voz baja; son varias, y palabra que es fácil encontrarlas, pero tú apenas acabas de llegar a esta casa, mi amor, y yo en cambio ya la conozco muy bien. Fíjate Lucio que esta casa me gusta mucho pero desde que llegué aquí sentí una gran atracción por este sotanito, te juro que no tienes idea de cuántas cosas increíbles hay aquí, te podrías pasar meses fascinado viendo lo que hay en los cuartos, sobre todo los libros, mi amor, hay libros que *nunca* creíste llegar a ver, aunque la mayoría son cosas viejas, manuscritos de gente que quién sabe cuándo vivió y que narró su vida y su movida... Y todo lo que pensó... Ah qué bonitos puntos suspensivos... Fíjate que una vez bajé al sótano yo sola, nadie me acompañó, y de repente me perdí por andar viendo hasta lo que no, ya no sabía ni por dónde chingaos andaba. Aurora, no seas lépera. ¿Por qué no? Es bien sabroso. Cierta vez, en una lectura, una muchacha me juró que no podía concebir que la gente se expresara con esos términos... En fin, como te estaba diciendo, que me quedo muy quietecita, y te juro mi vida que algo me hizo caminar. Figúrate,

te juro que sentí como si unas manos me agarraran de los hombros y me pusieran en la dirección correcta, y pues por ahí me fui, por supuesto, sin titubear, y encontré la escalera, una de las escaleras, al poco rato (fíjate cómo se manifiestan ecos de la anterior). Te digo que por todos lados hay por donde subir a la casa. Lo que me fastidia, interviene Lucio, es que mi sentido de orientación es excelente, tú en cambio nunca sabes por dónde andas. Bueno, ahora es al revés, leoncito, comentó Aurora con una sonrisa. Vámonos ya Aurora, ¿De veras, de veras no sabes por dónde salir? ¡Claro que no sé, Aurora!, pero tú sí: no te pongas a jugar ping pong, ¡vámonos ya! No te pongas nervioso, mi amor, después de todo perderse tiene su chiste. Pos sí, pero vámonos perdiendo otro día, ¿no?, ahorita te juro que estoy sintiendo como si me faltara el aire, vámonos arriba, ni siquiera me has enseñado nuestro cuarto. Vámonos pues, concede Aurora la Bella, y Lucio considera que ella se halla tan satisfecha ya que, por primera vez, puede guiarlo. Esto lo tranquiliza, después de todo sí se puede respirar bien, porque hubo un momento en que la quietud y la penumbra (y la humedad) estuvieron a punto de hacerlo estallar. Sin embargo, después de que han avanzado un poco, y con una tenue aprensión, Lucio se da cuenta de que Aurora misma no está tan segura del camino, porque se ha quedado muy quieta, tratando de orientarse, o quizás esperando que el Gran Hombre (es propicio ver al Gran Hombre) la toma de los hombros y le diga: *arráncate por allá, sabrosura*. Oyeme, ¿estás segura de que sabes por dónde? Sí sé, dice ella con una risita, pero el mismo tiempo no sé.

Lo toma de la mano y avanzan por un pasillo que, a pesar de la penumbra existente, parecía oscurecerse aún más. ¿Estás segura de que es por aquí? Epale, exclama ella, y se queda muy seria. Se hallan en un sitio totalmente oscuro: en el fondo el pasillo termina en una puerta en la que apenas se vislumbra un número 4 de metal dorado. ¿Qué pasa? Ya la regué, reconoce Aurora, ¡es increíble!, califica después con una risita nerviosa. ¿Qué cosa es increíble?, pregunta él, susurrando; vámonos oye, agrega, sintiéndose ridículamente infantil porque no puede concebir que un temor creciente lo domine. ¿A qué tengo miedo?, se pregunta fugazmente la oscuridad: lo desconocido: todos (o casi) le tenemos miedo a lo desconocido, papacito, no me digas que no. Lo increíble es que hayamos llegado a este lugar, Lucio, fíjate que nada más una vez llegué hasta aquí, esa vez me acompañaba Amparo, una de las hijas del dueño... Bueno, ¿y qué pasó? No, no pasó nada, porque ella conoce la casa como nadie, después de todo es su casa, ¿no? ¿Entonces?, susurra Lucio con mayor impaciencia. Bueno, pues Amparo me dijo lo mismito que yo te voy a decir; me dijo, y yo también te lo digo/ ¡Aurora, carajo, ya déjate de payasadas! No te pongas nervioso, mi vida, esto es

importante, aunque sepa la chingada por qué es importante. Pérate pérate no te enojés. Bueno, me dijo: Aurora, puedes andar por la casa cuando quieras y como quieras, y puedes entrar en todas partes, todo está abierto para todos, pero nunca nunca de los nunca se te vaya ocurrir abrir esta puerta, eso sí está prohibidísimo. Ah chirrón, ¿y por qué?, pregunta Lucio, sintiendo que todo eso es ridículo, envalentonado porque ahora hay algo concreto que le rehabilita su fuerza. ¿Misterios a mí? Ja ja. Eso mismo le pregunté yo, continúa Aurora, pero la maldita Amparo no me lo explicó. Bueno, me dijo que ella tampoco sabía. ¡Ah! Y ahora me acuerdo de otra cosa: me dijo: cuando venga tu marido, y si a ti te toca enseñarle el sótano y si de churro llegan hasta aquí, dile que por ningún motivo, él más que nadie, vaya a abrir esta puerta. ¿De veras? ¡Tú me estás viendo la cara, pinche Aurora! No, te juro que no. El caso es que esta puerta no se puede abrir, no vayas a abrirla, ¿eh?, por ningún motivo. ¿Pero por qué, qué hay allí? ¡Un tiliigre, ¡y te come!, exclama ella con una risita (nerviosa).

No seas payasa, dime qué hay allí, tú sabes. No sé, de veras, lo único que sé es que no se puede entrar. Interdit d'entrer, Tancat. ¿Estará cerrado?, murmura Lucio acercándose (con pasos prudentes) a la puerta. ¡Lucio, no juegues! ¡Ven acá! ¿Estará cerrado?, repite Lucio, casi para sí mismo. Ya tiene la mano en la cerradura, cuando una corrien-

te helada le recorre la espina dorsal. Lucio logra sobreponerse a la descarga de adrenalina que invita al pánico, ignora las advertencias —esta vez sin ningún humor de por medio— de Aurora, y da vuelta a la perilla. *La perilla es una protuberancia en el ojillo*. Esta se mueve, y cede. No tiene llave, dice Lucio, pero antes de que pueda empujar la puerta (y entrar) le parece percibir una respiración densa, tensa, pesada y aunque la respiración no es muy audible sin embargo desencadena el principio del pánico en Lucio, quien, sin posibilidad de discusión, suelta la perilla de la puerta y regresa con pasos rápidos hacia Aurora, quien se abraza a él. Los dos permanecen inmóviles, expectantes, viendo la puerta, hasta que Lucio, irritado ahora, exclama: ¡me lleva la chingada!, pero no se atreve a regresar a la puerta (un número 4 en metal dorado) y se deja conducir por Aurora hacia el pasillo, los pasillos, y se alejan de allí, con rapidez, en silencio (ominoso) y de pronto rencuentran los mínimos sonidos de la gente que lee libros en los cuartitos (una hoja sucede a la otra) del sótano.

Lucio quiere hablar de todo eso con Aurora, pero no encuentra cómo; además, al poco rato ya se hallan en las habitaciones que les corresponden: una pequeña sala que da un jardín interior, cuadrangular (¡con fuente en el centro!), y una recámara espaciosa, con ventanas que también dan al jardín, una gran cama, más dura que blanda, y muebles sencillos y agradables... Lucio y Aurora se desvisten y hacen el amor vigorosa, intensamente, con la ferocidad que les confiere reconocer sus cuerpos después de la ausencia (tan prolongada); y más tarde, cuando ambos se han satisfecho mutuamente, la ternura cede lugar a una conversación larguísima, interminable, porque a Lucio siempre le ha maravillado la afinidad tan grande que tiene con su esposa, y cómo, desde que se conocen, logran platicar y platicar sin tener idea de lo que puede ser el aburrimiento. Aurora le cuenta cómo se enteró de la existencia de esa casa de huéspedes, es sensacional, ¿no?, es cara pero no tanto, puede pagarse, sí es sensacional, cómo no, porque los dueños, una familia de lo más tranquila, ya los vas a conocer, no están pensando todo el tiempo en dinero-dinero-dinero ni en comprar-comprar-comprar, sino que más bien les gusta que allí viva gente sensible, con la que se puede convivir con una tranquilidad relativa, porque nunca faltan los problemas, claro claro, los tipos nefastos-ojetones que se cuelan y que empiezan a armar todo género de desmadres (qué feos). Conchita (¿Conchita?), la amiga de Aurora (qué risa), fue la que le dio el pizazo de que existía ese lugar, y ahora que Lucio ha regresado, y tan pronto como consiga trabajo (no la horrorosidad de antes) podrán vivir un tiempo allí, a gustito, hasta que les toque alquilar o comprar su propia casa, ay mi amorcito a poco no tienes ganas de vivir en una casa cual debe de ser, cual débora kerr, corrige Lucio.





Pero, como te has te imaginar (si es que aún conservas un poco de imaginación, alevosía y marmaja), al bueno de Lucio no deja de intrigarle el sótano y la maldita puerta-no-puedes-entrar-esa-puerta. Tú sabes que a cualquiera —salvo a aquellos programados como dóciles borregos priistas— siempre le intrigan las prohibiciones, venga pacá esa manzana mi querida hetairuela; no hace falta más que se diga no hagas esto y estotro para que surjan los deseos de hacerlo (o deshacerlo), no pases esa luz rouge, no se admiten menores de edad ni mujeres menstruando ni uniformados con uniforme Cruz Azul, prohibido estacionarse en lo absoluto, diez mil pesos de multa al que balaquee las señales de la carretera, no se puede dar vuelta a la izquierda sin flecha señor presidente, prohibido entrar descalzo, prohibido enseñar condones, prohibido condonar verijas, no shoes-no shirt-no service, prohibido el paso, prohibido prohibir, etcétera etcétera (prohibidos los etcéteras). ¡Ah! También hay que tomar en consideración todos los delincuentes viejos-viejos-viejos en los que se advierte (advértese): por ningún motivo se vaya a ocurrir abrir esa puerta, cuatito; mira, aquí tienes la llave, es ésta de oro que tiene forma de crucecita dorada, pero nunca la vayas a usar, nunca de los nuncas, fijate. ¿Qué corresponde hacer, en esos casos, al bienllamado Héroe Jiménez? Pues abrir la puerta (aunque se quede tuerto). Lucio, en eso, es igual, soy igual, eres igual, y la pro-

hibición sotanera resultó una proclama a la desobediencia civil y misticon a porque ya una vez se perdió allí (¡él, él! ¡EL!), ay Dios, cómo pudo perderse y ser rescatado por la Bella Aurora. Su orgullo de machito no puede permitir que siempre sea una vieja la que saque de los laberintos.

Por tanto, tan pronto como le es posible, cuando logra vencer definitivamente la voz interior sensata y un tanto mamertona que le dice o valeroso joven no te metas por allí porque después vas a chillar vas a lamentar haberlo hecho te vas a acordar con lágrimas en los oclayos de cuando circulabas tan libre y tranquilamente por allá arriba pero para entonces será tarde mi hijito será definitiva-mente tarde, je je. Lucio no hace caso a la tal voz, y de pronto se arma de valor, se aventura por una de las puertas que conducen al sótano (uy uy), bajo los escalones, encuentra los cuartos donde hay gente que lee, que escribe, que medita, que se rasca la nariz, se rasca los huevos, vegeta... Lucio camina por un pasillo, entra en otro, en otro, abre puertas, qué fantástico relojito se ve allí, qué maravilla de madera tallada, y todos esos juguetitos de cuerda, qué delicadeza, qué cuadro más fabuloso, parece un Velasco, cómo lo tienen aquí arrumbado, qué pendejos, a ver si me lo prestan para ponerlo en nuestra salita; Lucio abre otras puertas y ve libros, pilas de libros, sopla el polvo acumulado en los lomos, caramba tengo que regresar otro día a ver estos books con mayor detenimiento... Mayor detenimiento... Toma otro pasillo y otro y otro y todo se hace más oscuro, debí haberme traído una lámpara, ¿no?, ¡no!, debí haber seguido los consejos de los hermanos mitos y pedirle un cordel a Aurora la Bella para no perderme, porque ya se perdió, ya no tiene la más mota ni reputa idea de dónde se encuentra (encuétrase), ya no hay gente, sólo el digámosle silencio denso y cargado, cargados los huevos y no se hablan, si se hablan, le llegan deseos casi invencibles de buscar esa llave que gotea para cerrarla bien, hay que cerrar bien las llaves de agua para que no goteen, amiguito, seguramente tiene el empaque gastado, hay que llamar al cerrajero, ¿a quién?, todo es más oscuro ahora, en algún lugar tiene que haber ventanas pero obviamente no es por allí, además, se dice Lucio, al ver que el sótano es prácticamente interminable y al considerar que seguramente está dando vueltas y vueltas por los mismos sitios, esa puerta ya la vi antes, ¿no?, se repite, para su mejor comprensión entre el laberinto de comas y puntos y comas y frases parentéticas, frases corchéticas, qué me asegura que voy a encontrar la maldita (¿por qué maldita?) puerta con el número 4 labrado, ¡ah, el cuatro!, se dice mientras sigue avanzando (seguimos avanzando), la cosa no puede estar tan mal si hay un cuatro cuadro, cuajos, cuatrángulos, un mandala cuátrico, cierta forma urbórica, uroborito, señor Uroboro, por qué está tan oscuro esto, es la noche (¿la noche?), me trae muchos recuerdos...

Lucio choca contra un mueble, trata de abrir un cajón, lo abre, aquí qué hay, ropa, ropa vieja, ha de ser la del Gólem, qué ando haciendo yo abriendo cojones: digo: cajones, y por tanto Lucio vuelve a caminar, creo que por aquí ya nos metimos la vez anterior porque todo es penumbra ya y así era la vez previa (¡previa!), ¿ya te fijaste que se escucha un tic tac?, no, lo está alucinando, esa penumbra y ese silencio son una invitación a la alucinación total, a ver saltar cosas cuando en realidad no hay nada, no hay nada (nada), sólo fatiga en los pies, ni siquiera hay dónde sentarse, quizá si abriera una de esas puertas podría descansar, pero algo le dice que siga adelante, ¡adelante, cubanos, que Cuba premiará vuestro heroísmo!, ya borracho lo menos que puede hacer es no detenerse ante el peligro y seguir, como el oso hace, como el jabalí, no: más bien, como el agua, ya descansará más tarde, pero cuándo (¡cuando *se muera*, por suof-course!), otro recodo y allí está, el pasillo halló su fin: una puerta que tiene que ser puerta porque apenas se entrevé. Lucio se acerca con lentitud (plin, plan) y le parece distinguir un brillo mortecino, sí, es un número cuatro-cuadros-cuajos. Dorado. Lucio se detiene. El silencio no existe, es un zumbido que quién sabe de dónde viene, ah, viene de él mismo, porque en el interior de Luciofer hay un verdadero estrépito, la guerra total, los ejércitos luchan hasta la victoria siempre, Cuba premiará vuestro heroísmo, pero ese ruidero loco en la

superficie sólo se manifiesta como un zumbido denso, parejo, reverberante, que pone cursivas a la quietud y la penumbra. Lucio no lo piensa más, vence el temor que quiere escalar y que ha llegado ya hasta su garganta (dos gatos en la garganta) y toma la perilla (del ojillo), la acciona: está abierto, no le saque, y con un golpe violento la empuja, abre la puerta entre jadeos y corazónagolpado.Dentro se encuentra (ya lo sabías, ¿verdad?) *la mujer más hermosa que Lucio jamás ha visto*. Es una mujer joven, muy joven, aunque, en realidad, la edad es imprecisable, y está desnuda, el cabello se ondula sobre los hombros y se pierde atrás de la espalda; cae, interminable; la piel sugiere una blancura y una suavidad deliciosas, de dónde sale esa luz que la baña tan intensamente, tiene que salir de ella misma, de ella misma... Sus piernas, la cintura, el vello, el sexo, los senos cónicos, firmes y delicados, el cuello y el rostro son perfectos, una armonía espectacular a pesar de tanto calificativo, el sustantivo lleva en sí la calificación, un golpe en la mirada, un estruendo mayor que el de adentro, el resquebrajamiento del universo que prefiere hacer explosión para manifestar, de alguna forma, su gloria, Jesucristo Miltoniano avanza con su carro y sus caballos de luz y los desdentados demonios retroceden, hacia el abismo, y Kuan-yin, la bodhisattva, se revela en todo su esplendor. Pero Lucio no puede dar cabida a emociones estetizantes, a asociaciones culturizantes, ni siquiera a las oleadas eróticas que quisieran agolparse, porque la mirada de esa mujer es tremenda, es muy dura, en sus ojos hay un agujero negrísimo, intemporal, hoyo negro del espacio que se traga la luz, allí está la luz efervescente tan comprimida que toca su opuesto; sería un vacío total pero, sin embargo, la mujer mira a Lucio con un calor calcinante, lacerante, hielo-abrasador-fuego-helado-herida-que-duele-y-no-se-siente, una ira impresionante porque Lucio se atrevió a estar tan próximo a ella y a verla esa inconcebible desnudez, con toda la luz dorada, qué estúpido soy, qué pendejo, se dice Lucio, porque la mujer eso parece decirle, qué tonto eres, Lucio, qué tonto fuiste, has cometido el error más grande, el que vas a lamentar todos los días de tu vida, si es que llegas a recordar todo esto alguna vez. La mujer retrocede unos pasos, y Lucio, estatuado por el terror, su corazón en explosiones infinitas, las piernas adelgazadas por la amenaza que implica esa belleza intolerable, obtiene fuerza para cerrar la puerta del golpe. En ese momento, *Lucio siente que unas manos invisibles lo toman de los hombros y lo hacen girar en semicírculo*, y sabe que debe de correr al instante, y eso hace, entre la oscuridad, tropezando con las paredes y contra objetos imprecisables, queriendo huir de esa figura que aún devasta su interior y lo calcina y lo hace gritar, aullar de terror, cuando cae y logra ser consciente, dentro de la profusión caótica que hierve en él, de su aparatosa fragilidad.

